PARA EL HOMENAJE A G. D.

EL SOLITARIO

¡Oh error perpetuo de la suerte humana!
ARTIEDA: *Epístola moral a Fabio.*

VIEJA baraja.
Cartas sobadas.
También el alma,
sucia y sin alas,
abarquillada,
¡tan solitaria!
(y hacia la Mancha
por la ventana).
¡Cuántas distancias
amplias y diáfanas
en la mañana
de nubes blancas!
¿Y las miradas?
¡Cuántas, oh, cuántas
visiones vacuas
en luz inválida!
Las niñas cantan,
acompañadas
por la guitarra,
coplas sonámbulas
y hereditarias
de mal de España.
El niño salta
por las butacas
—¡no cabe en casa!—
sin escucharlas.
Y ellas se enfadan.
Mis manos—párvulas
de ayer—barajan
lo que no avanza:

cuarenta cartas
que se desgastan.
Los años pasan.
Los sueños aran
noches muy largas.
Los niños callan
dormidos: hablan
con la almohada,
se inventan fábulas
de indios (retamas
de oro en las faldas
de una montaña).
¡Maldita carga!
Desde mi infancia,
¿hasta las pausas
de mis palabras
han sido falsas?
¡Y me hacen falta!
¿Cómo habitarlas?

. . . . . .

¿Quién es? ¿Quién llama
con voces ásperas?

. . . . . .

No es nadie. ¡Gracias!
No pido nada.
No tengo ganas
de abrir. Me basta
con esta estancia
de tarde grata
que no se ensancha.
En ella arraigan
—manos sin savia—
cartas sobadas
de la baraja.

LUIS FELIPE VIVANCO